# SIGLO XV.

## I.

Tranquilamente y sin temor de ningun desasosiego conferenciaba con D. Beltran de la Cueva D. Enrique el IV de Castilla, cuando unas voces tumultuosas, el choque de las armas y las correrías de los pusilánimes, hicieron conocer al monarca y su favorito que se habia turbado la tranquilidad. D. Pedro Hernandez Velasco acabó de confirmar esta idea diciendo: Señor, Juan Pacheco corre por las calles de la ciudad apellidando el nombre de D. Alfonso; sus voces han hallado eco en alguna parte de la poblacion, pero vuestros fieles servidores se han reunido en el palácio, y en el caso de que se dirijan á él han jurado perecer antes de sucumbir. En este momento la confusion y vocerío llegaba á su colmo, las avenidas del palácio estaban tomadas por soldados y hombres armados, y el rey conociendo que tal vez los alborotadores no respetarian el sagrado de su palácio, mandó que se cerrrran todas las puertas.

D. Enrique no se equivocó. Bien pronto toda la plaza vió ocupada su anchurosa estension por toda clase de hombres, bien pronto escuchó el mismo rey la voz de los amotinados, y aun los insultos que hacian á su persona. D. Juan Pacheco era el que acaudillaba aquella gran turba del populacho. Al ver cerradas las puertas del alcázar, pidió una hacha y todos los útiles para derribarla. Los deseos de Pacheco se cumplieron prontamente. Enormes barras de hierro, multitud de picos, y una porcion de hachas se vieron hacinados en pocos instantes. Pacheco fue el primero que se apoderó de una, y á su egemplo una porcion de manos toscas y nervudas empuñaron aquellos instrumentos de destruccion, é hicieron retemblar con sus golpes las sólidas bóvedas del edifício.

No bastó para impedir semejante atentado la resisténcia de los soldados de D. Enrique. La puerta vino al suelo en médio de las aclamaciones y grosera griteria de los circunstantes, que en el momento que cayó, se derramaron por las anchas galerias y se atropellaron por las escaleras. El rey atemorizado con la audácia de sus vasallos, aseguró las puertas de su cuarto y se retiró á lo mas apartado, acompañado de D. Beltran de la Cueva. Nada era capaz de detener á Pacheco, iba á forzar tambien el cuarto del rey; pero D. Lope de Barrientos obispo de Cuenca, se interpuso y le contuvo, diciendo con toda la magestad de su elevado ministério: ¿qué vais á hacer? ¿qué motivos teneis para semejante atentado? ¿quéreis tal vez cubriros con todo el apróbio de la ignomínia, derramando la sangre de vuestro monarca?

D. Lope, replicó Pacheco, lo mismo que nosotros conoceis los motivos que nos asisten. ¿Podremos mirar con indiferéncia la prodigalidad de D. Enrique? ¿Podremos tolerar que todos los honores y dignidades, los distribuya á los hombres mas incapaces de la sociedad? No intentamos asesinarlo, un borron semejante no amenguara nuestra nobleza, no atentamos contra el, venimos por los infantes, pero ¿dónde está ese rey que ha recibido del papa Calisto, por prémio de su valor, el rico sombrero y estoque, bendecidos en la vispera de Navidad? Ese rey que sembró de luto y horror los campos de Mena?

Así hablaba Pacheco: entretanto cada una de las galerias presentaba un campo de batalla, nuevas fuerzas habían corrido al auxílio de D. Enrique. El ruido de las armas resonaba por todas partes, y á la vez los los lamentos de los heridos y las imprecaciones de los caudillos. Los amotinados temieron por sí, entraron en contestaciones, y ofrecieron deponer las armas si se les perdonaba. El rey temeroso del éxito de aquella lucha accedió á todo, y á las pocas horas, Pacheco y los suyos estaban lejos de Segóvia.

## 2.°

Fustrado el proyecto de Pacheco, los conjurados recurrieron á un ardid nuevo: todos se arrancaron la máscara que hasta entonces les habia cubierto, y se declararon enemigos de D. Enrique, despacharon un corredor al rey con las proposiciones siguientes: que se depusiese á Beltran de la Cueva, del cargo que había desempeñado, se reconociese á D. Alonso y se ejecutára el casamiento de este con doña Juana, quedando entretanto en poder de los grandes. Mucho fluctuó don Enrique para decidirse á aceptar las proposiciones que le hacian sus vasallos; pero últimamente, razones de conveniéncia le forzaron á ello, y por lo tanto suscribió solemnemente á todo. D. Alonso fué reconocido. En Cabezon quedaron firmados los tratados.

Bien pronto se conoció, que por parte de la grandeza todo había sido una farsa, y que la perfídia unicamente, habia tenido la audácia de imponer leyes á su legitimo soberano.

Desde Cabezon partió el rey á Toledo, persuadido de que su condescendéncia pondria término á las turbuléncias del reino; los grandes se marcharon á Plasénci a; el maestre de Calatrava D. Pedro Giron, se encaminó á Andalucia; allí sublevó á la mayor parte de los nobles andaluces, comunidades y regimientos de Sevilla y Córdoba, al duque de Medina-Sidónia, al conde de Arcos y á D. Alonso de Aguilar.

El rey conoció aunque tarde los efectos de su debilidad, pero ya no le era posible poner remédio sino con la fuerza de las armas, á ellas recurrió confiado en la justícia de su causa, y escitado por el obispo de Cuenca y por el arzobispo de Toledo. Reunidas todas las fuerzas con que podia contar para la guerra, al frente de sus entusiasmados soldados pasó á Castilla la Vieja desde Madrid donde residia y á Salamanca y se se dirigió á Arévalo que estaba por los alborotados.

Entretanto Avila presenciaba una accion de que no

se encuentra egemplo en nuestra história. Avila era casi el centro comun de los sublevados y lo que es de admirar, veia entre ellos al mismo arzobispo de Toledo que en Madrid con semblante falaz é hipócrita daba consejos al rey que parecian dictados por la mas respetuosa fidelidad, cuando solo la mentira y el deseo de derribar el trono real eran los que le escitaba á darlos.

Entretanto que D. Enrique corria á sujetar á los sublevados él trazaba el sello con que pretendia imprimir una marca afrentosa en su persona; el vestido de pontifical salió de los muros de Avila rodeado de todos aquellos que en tiempos anteriores habian hecho prodígios de valor, defendiendo á su rey, y habian sostenido con glória el honor de las armas castellanas.

De su órden, fuera de la ciudad se habia construido un tablado que se elevaba 6 pies sobre la superfície de la tierra, en él estaba colocada la estátua de D. Enrique copiada al vivo su semejanza, la cabeza grande, su frente ancha, los ojos garzos, y narices romas, su cabello castaño, su color rojo y moreno, y hasta el mismo ademan severo de D. Enrique, parecian que se los habian robado al original. Esta estátua estaba con todos los atributos de la magestad, el tablado estaba rodeado por vários hombres armados; el pueblo ignoraba todavia lo que iba á presenciar y por lo mismo atraido por la curiosidad esperaba con impaciéncia el desenlace de semejante escena. El arzobispo y los grandes llegaron al tablado. El pregonero leyó entonces la senténcia de la deposicion de D. Enrique, en ella se alegaban várias causas y al enumerar cada una de ellas despojaban de uno de sus atributos á la imágen del monarca: y en el momento que acababan de desnudarla la arrojaron con ignomínia del tablado. En seguida subió el infante D. Alonso le levantaron los nobles en sus hombros y proclamándolo por rey tremolaron por él los estandartes reales.

Este desacato no todos le aprobaron, al contrário, muchos por esta causa se ofrecieron nuevamente al rey y le auxiliaron con armas, hombres y caballos. Este suceso que debia haber hecho caer todo el prestígio de D. Enrique sirvió para acrecentarle mas: todos los parciales del rey acudieron á Toro, los de los grandes á Valladolid, cuya ciudad fue cercada por D. Enrique; en ella se hicieron nuevos contratos, los grandes se sometieron á su anterior monarca, y destituyeron á Don Alonso.

## BELLAS ARTES.

*Concluye el artículo del número anterior.*

La Romaña ha producido tambien dos artistas distinguidos, Baruzzi y Mouti: el último ha hecho várias obras para la catedral de Milan y la de Novar, y Baruzzi es profesor público en Bolónia. El bello ideal no es otro segun él que la mitologia. Tiene un Ledas muy bueno, y para evitar escándalo lo ha presentado bajo la forma de un ave amorosa acariciando á una muger desnuda. El cementério de Bolónia es un museo verdadero donde los artistas pueden formar su talento; su terreno es magnífico, rodeado de bastimentos de árboles y de flores ofrece la perspectiva de un vasto jardin. En el centro y en las cercanías se elevan monumentos magestuosos donde los escultores han colocado recientemente los nombres de vários sugetos que no hubieran consentido inscribir los egípcios. El orgullo mas que la piedad de las famílias vigila en la conservacion de este museo fúnebre.

El gusto de los monumentos no se estiende al Sur ó mas allá de los estados del papa. El napolitano es alli enteramente nuevo, y Virgílio desterrado no encuentra otro adorno mas que breñas. El Tasso no ha conseguido sino un miserable busto colocado en un jardin público Los escultores que se conocen alli son Angelini y Cadi. El primero ha ejecutado algunos amores bastante graciosos, y algunos monumentos bastante estimados. Al segundo se le deben las estátuas que se ven en el palácio del ministério: distinguiéndose en este número un Fernando I vestido de Aquiles.

Si el sentimiento de las bellas artes no se ha formado aun en Nápoles es porque la naturaleza no basta para ello si no le ayuda la educacion. Mientras que la Europa entera mira con impaciéncia las escavaciones de Pompeya apenas se ven treinta aldeanos mover perezosamente los escombros que ocultan tantos tesoros. Alli el museo no encierra sino un pequeño número de estátuas, y si cuatro de sus alumnos van á Roma pagados por el gobierno á estudiar la escultura, no es por el aprécio que alli se haga del arte, pues esta costumbre data desde Murat.

Una de las ciudades de Italia donde la escultura ha hecho mayores progresos es Florência, pero su carácter en ella es enteramente distinto del de Roma y Nápoles. La sombra de Miguel Angel, la cobija todavía. Florência es el pais de la rejeneracion, es la Roma de la edad média. La escuela literária no está allí dividida en clásica y romántica. El diário destinado á presentar y dirijir la opinion pública es una obra perfecta de filosofia, marcha con el progreso, y pertenece á la escuela moderna. Dante, y Miguel Angel, son los grandes modelos que propone. La literatura ejerce su influjo poderoso en las bellas artes; Mr. Pampilani no se atreve á turbar el reposo ni de Hércules, ni de Ayax; pero en sus sepulcros trata de reproducir dos grandes artistas, Arnolfo di Lapo, y Brunelleschi, para colocarlos al lado de la catedral de Florência, y presentar á la vez al artífice de este magnífico edifício, y al que con tanta arrogáncia ha elevado una cúpula tan elegante y grandiosa.

Mr. Bartolini ha escúlpido una imájen de la Vírjen con Jesucristo en sus rodillas, Milicia ha criticado, justamente, diciendo que el hijo representa mas edad que la Madre. Otra de sus obras mas notables es una

estátua de la caridad de una belleza nada comun. Este artista emprendió su carrera en Fráncia, y solo se puede admirar su talento viendo la cabeza colosal de Napoleon colocada en la puerta del Museo de Louvre que reemplazó á la de Luis 18 obra del gusto mas depravado.

Muchos siglos habian pasado despues de descubierto el movimiento de la tierra, y Floréncia aun no habia espuesto á la admiracion pública, al investigador de esta verdad interesante; el grande duque fue el encargado de reparar este descuido, y la estátua de Galileo fue inaugurada muy en breve en la sala de la académia, en médio de los instrumentos de que se valió en aquella ocasion la filosofia para desgarrar el velo de la naturaleza. Su ejecucion fue encomendada al cincel de Mr. Costoli, y su trabajo es muy notable. Otra de las obras de este Artista es un Jeremias, y aunque los conocedores no quieren ver en ella mas que un Isaias, no falta sin embargo quien le reconozca por el profeta del llanto, y quien dé un grado perfecto de inspiracion á esta obra.

No ha sido tan feliz Mr. Ricci en la estátua de Dante el *Homero* del cristianismo. Cuando la literatura y la escultura debieran haberse dado la mano para restituirle á la vida, é indemnizarle de este modo de su destierro, de sus desgrácias, y del olvido á que le condenara la ignoráncia, tuvo aquel la desgrácia de desfigurar su persona, esculpiendole sobre su sepulcro casi desnudo, y con las formas marcadas ya en demasia.

La ciudad de Pisia acaba de erigir una estátua á Leopoldo I gran duque de Toscana. Esta ciudad favorecida ya por la naturaleza se distinguió entre todas las otras, fomentando en las regiones occidentales los destellos de ciéncia que se desprendian del Oriente. Su universidad goza de un gran renombre; y el mismo Leopoldo, enviaba á ella sus hijos, para que se familiarizasen con sus objetos, y se ejercitasen al própio tiempo en la cultura de las letras y de las artes.

La reforma de la escultura principiada en Toscana debe acabarla en Milan Mr. Pompeo Marquessi, artista á quien la naturaleza parece haber colocado al estremo de Itália para darla el império de las bellas artes que desde tiempos remotos ha pertenecido á Roma y á Floréncia. Milan no tiene monumentos, que recuerden la história del pais y esciten el entusiasmo por las artes, nada se encuentra en el que anuncie su grandeza pasada, pero todo respira en cámbio la felicidad presente. Sus riquezas repartidas con poca diferéncia y la igualdad de sus ciudadanos no dan lugar al ódio y á la envídia: sus casas levantadas á un mismo nivel evitan que el esplendor de un palácio insulte la mezquindez de su vecina choza, es la única ciudad de Itália donde el talento encuentra recursos, y donde la instruccion es acogida con aprécio por todas las clases. ¿Y en qué parte hubiera podido manifestarse con mas brillo el ingénio de Marquesi? Si entramos en sus casas no encontramos en ellas mas que estátuas debidas á su cincel, si subimos las escaleras *Flora* y Venus son los primeros obgetos que se nos presentan, si penetramos en los salones la Inocéncia y la Magdalena nos recuerdan sin querer el delicado cincel de Marquesi. Muchas de sus obras se encuentran en casa de la marquesa Visconti de Aragona, en la de la princesa Bel..... y en la del duque, pero su taller sobre todo es el que encierra todo el esplendor de su ingenio. *El toma* de la Mitolojia los nombres, sin tocar á las personas. Su Flora y su Venus respiran todo el caracter de la edad actual. Su Pshiqueo y su inocéncia son el símbolo de dos almas que solo el cristianismo puede definir; pero donde Marchessi ha desplegado el gusto de su talento es en los objetos sagrados. Su Nazareno predicando á los doctores revela un conocimiento profundo de la marcha de la naturaleza desde la infáncia hasta la edad de 33 años, y en el se adivina la fisonomia de Cristo pintada por Leonardo de Vinci. En la obra que el gobierno le encargó para regalar á la villa de Milan fue donde este artista agotó todo el esplendor del arte: representa una madre conduciendo á sus niños á la iglésia el dia de Viernes Santo, para que vean representar la muerte del Salvador, y oigan esplicar los mistérios fundamentales de la religion.

Mr. Marchessi no se ha desentendido tampoco de lo antíguo, y favorece el gusto que tienen por lo general los italianos de rendir homenage á la glória de los muertos: ha hecho el busto del poeta Monti y la estátua del célebre Becária, que se ve en el palciáo de Broa, y se va á erigir una estátua á Mme. Agnesi, que dejó las ciéncias por las obras de caridad, y que terminó sus dias en el piadoso establecimiento de Tribulzi.

Las damas de Milan hacen los gastos de la escultura: ellas son las que bordaron un rico tapiz en obsequio de Bellini, ellas son las que abrieron una suscricion en favor del poeta Gossi, su ingénio, su amor á las artes, y su carácter amable las constituyen á mas bellas y graciosas de toda la península. Es, pues, indudable que en un pais donde las artes son tan apreciadas, que hasta el bello sexo les presta una proteccion tan especial, y en médio de unas circunstáncias tan favorables la escultura debe reformarse bien pronto y con el éxito mas brillante y completo.

## GEOGRAFIA.

Cardona, antiguamente Udura, villa señorial de la provincia de Cataluña, consta de 570 vecinos, 2 parroquias, una de ellas colegiata, 2 horatórios, un convento de frailes franciscos, y un hospital: ademas tiene un castillo que la flanquea y domina. En la colegiata existen los sepulcros de los duques de esta villa, fabricados de raros y esquisitos mármoles, y en su inmediacion hay una capilla que fue la casa en que murió san Ramon Nonato cuando iba á Roma. Está situada sobre el rio Cardenet, sobre el cual tiene un

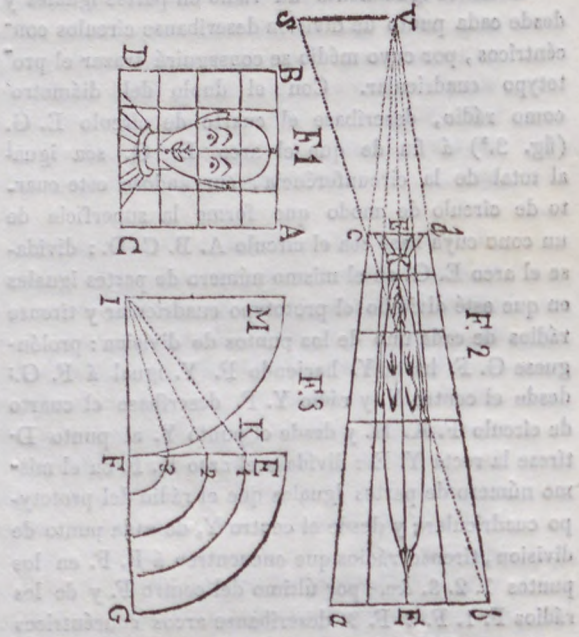
hermoso puente de piedra: su terreno es quebrado y barrancoso. Un poco mas abajo de la poblacion desagua en dicho rio el Aiguador. Ocupa casi el centro del principado, y la fortaleza sobre un peñon de forma cónica al E de la villa, que tambien está circundada de muros antíguos y torreones. Sus avenidas son campos ásperos y fragosos, esceptuando el que se comunica con Cervera. Es muy célebre el mineral de sal gema de esta villa, no solo por la esceléncia de las sales, sino tambien por los preciosos colores de sus piedras cristalizadas, que forman una vista deliciosa á los rayos del sol. De ellos suelen fabricar piezas de mucho gusto, como son mesas, cornisas para espejos, saleros, cruces, candeleros, altarcitos, santos, &c. Es un peñasco de sal maciza que se levanta encima de la tierra cosa de 500 á 1000 pies, sin rajas, hendiduras ni capas, y en los alrededores no se halla yeso. Tendrá una legua de circuito, y su elevacion no es menos que las de las otras montañas circunvecinas. La sal por lo comun es blanca desde la cima hasta el pie, pero la hay tambien roja, la cual creen los del pais que es buena para los dolores de costado, y la aplican caliente sobre la parte dolorida en pedazos cortados como ladrillos. La hay asimismo azul clara, bien que los colores nada quieren decir, porque en moliéndola desaparecen; queda la sal blanca, y se come sin el menor gusto ni olor de pavor ó tierra. Esta prodigiosa montaña, desnuda de otra cualquier matéria, es única en Europa. Los físicos tienen bien que estudiar en ella para esplicar su formacion: y no se sabe si les bastará decir que es efecto de la evaporacion del agua del mar, porque no todos quedarán satisfechos. Tiene la montaña gran superfície, y ni las águas la disminuyen ni ha podido agotarse con la contínua estraccion por espácio de tantos siglos; las lluvias no disminuyen la sal. El rio que corre al pie es salado, y cuando llueve, aumentándose la salobrez, mata los pescados, pero este mal efecto no se dilata mas de tres leguas, pasadas las cuales viven sanos los peces. Por mas esperiencias que se han hecho con las águas de este rio en aquella distáncia, evaporándolas, destilándolas y manipulándolas de mil maneras, no se descubre en ellas el menor grano de sal, lo cual persuade que las sales se descomponen enteramente con el movimiento y se resuelven en tierra y água. Tiene por armas un cardo silvestre en un escudo. Dista 20 horas S. E. de Barcelona, 7 de Berga y 7 de Manresa.

## La indiferencia.

ODA.

Cuantas veces Damon sobre la cima
de la escarpada roca, tristemente
bajo una antígua encina recostado
al trasponer el sol, mi vista errante

se estiende á la ventura
por el espeso bosque y la llanura.
Aqui rueda sus ondas espumosas
al pie de una colina el ancho rio,
allí el mar adormido se despliega,
y sus águas azules se dilatan
á dó tiene su asiento
Sagitário, en el alto firmamento.
Encima de estos riscos coronados
de encinas venerables y de pinos,
el crepúsculo alumbra debilmente,
y el carro vaporoso de la luna
tras el mas alto monte,
ya sube plateando el horizonte.
Entre tanto el antíguo campanário
de la vecina aldea, al aire esparce
un grave y melancólico sonido;
el ave de Minerva le acompaña,
y su fúnebre acento
suena en el bosque y lo repite el viento.
Pero mi corazon indiferente
á dulces y risueñas impresiones,
á vista de esta hermosa perspectiva,
no prueba algun placer; cual sombra errante,
yo contemplo á la tierra
donde otras viles sombras se hacen guerra.
De colina en colina en vano llevo
mi lánguido mirar, é inutilmente
del sur al Aquilón recorro ansioso
todos los puntos del inmenso espácio;
¡ay! ¡ay! en cuanto existe
ni el placer ni la dicha encuentra el triste.
Que principie ó acabe el sol su curso,
yo lo mismo, con vista indiferente,
que su luz entre nubes desparezca,
ó se ostente brillando, ¿qué me importa?
nada espero del dia,
y el sol de nada sirve á mi alegría.
Aun cuando yo pudiera arrebatada
en su inmensa carrera acompañarle,
mis ojos por do quiera, ¿qué verian
mas que maldad, ingratitud, y pena?
En cuanto él ilumina
solo se ven desgrácias y ruina.
Pero tal vez los límites pasando
del visible universo, entre otra esfera
otros soles habrá de amor y vida:
tal vez tras tanto padecer horrible
allá bajo otro cielo,
la dicha encontraré que tanto anhelo.
¿Qué me sirve una vida que me ata
á esta mansion de pena y de delitos?
¿Se encuentra por ventura en todo el mundo,
ni placer ni esperanza? crudo engaño,
persuasiones, males:
he aquí el placer que brinda á los mortales.
¡Ah! que no me sea dado, sobre el carro
de la rosada aurora trasportarme,
y para siempre huir de un mundo impio
que el placer y la dicha me arrancara.
¿Por qué dura mi vida,
mi amor, y mi esperanza ya perdida?
Cuando caen las hojas de los bosques,
amarillas y secas en el prado,
el viento de la noche se las lleva
á la agostada osa semejante:
es mi vivir penoso,
arrebátame, pues, viento piadoso.




## ANAMORFOSIS.

Se dá este nombre en perspectiva y pintura á un borron deforme, ó representacion desfigurada de cualquiera imágen que se hace sobre un plano, ó sobre una superficie curva, y que no obstante, vista de cierto punto parece regular y ejecutada con justas proporciones. Para hacer un anamorfosis sobre un plano, deberá trazarse el cuadrado A. B. C. D. (fig. 1.ª) del tamaño que se quiera; subdividiéndolo en aréolas y cuadros pequeños. En estos cuadros ó espécie de enrejado, llamado prototypo cuadricular, se dibuja la imájen del objeto cuya apariéncia ha de ser monstruosa; despues se tira la línea *a. b.* (fig. 2.ª) igual á A. B. y se divide en el mismo número de partes iguales que el lado del prototypo A. B.: desde el punto de en médio E. levántese la perpendicular E. U. y traígase U. S. perpendicular á E. U. haciendo la línea E. U. tanto mas larga, y la línea U. S. tanto mas corta cuanto mayor ó menor se quiera sea la deformidad. De cada punto de division tírese al punto U. líneas rectas, y juntense los puntos B. S. por la recta B. S. Por los puntos c. e. f. g. &c. se tiran líneas rectas y paralelas á *a. b.* y así *a. b. c. d.* será el espácio donde se debe trazar la proyeccion monstruosa: á este se dá el nombre de ectypo cuadricular. Por último, en cada aérola ó pequeño trapécio del espácio *a. b. c. d.* se dibujará lo que se haya trazado en la aréola correspondiente al cuadro A. B. C. D. y se obtendrá una imájen deforme, que no obstante aparecerá con sus justas proporciones si se

la mira de modo que se aparte la vista de la lonjitud E. U. y se eleve por encima de la altura U. S.

Tambien se puede hacer sobre la superfície convexa de un cono; para ello se divide la base de este por diámetros en un número cualquiera de partes iguales al efecto.

Divídase igualmente un rádio en partes iguales y desde cada punto de division descríbanse círculos concéntricos, por cuyo médio se conseguirá trazar el prototypo cuadricular. Con el duplo del diámetro como rádio, descríbase el cuarto de círculo E. G. (fig. 3.ª) á fin de que el arco E. G. sea igual al total de la circunferéncia, curvándose este cuarto de círculo de modo que forme la superfície de un cono cuya base sea el círculo A. B. C. D.: divídase el arco E. G. en el mismo número de partes iguales en que esté dividido el prototypo cuadricular y tírense rádios de cada uno de los puntos de division: prolónguese G. F. hasta Y. haciendo F. Y. igual á F. G.: desde el centro Y. y rádio Y. F. descríbase el cuarto de círculo F. K. H. y desde el punto Y. al punto D. tírese la recta Y. E.: divídase el arco K. F. en el mismo número de partes iguales que el rádio del prototypo cuadricular; y desde el centro Y, de cada punto de division, tírense rádios que encuentren á E. F. en los puntos 1. 2. 3. &c.; por último del centro F. y de los rádios F. 1. F. 2. F. 3. descríbanse arcos concéntricos y así se tendrá el ectypo cuadricular cuyas acrolas aparecerán iguales entre sí y trasladando á ellas lo dibujado en la del prototypo se obtendrá la imágen monstruosa.

## El Criminal.

### CUENTO.

Un grupo compuesto de ocho hombres á caballo, caminaba silencioso en la oscuridad de la noche al monastério de Ntra. Sra. de Sopetran. De repente sale un grito de muerte de en medio de este grupo, acababan de disparar vários tiros sobre él, la mayor parte de los que le forman, echan mano á sus armas y vuelven los rostros alterados por el furor, al punto de donde habian venido los tiros. ¡Nos han vendido! Esclamaron todos á la vez. Unos bultos opacos, movibles, yeren sus pupilas en la cima de un montecillo, y al punto dirigen los viageros sobre ellos la punteria de sus arcabuces. El plomo que estos contenia, al impulso de la pólvora inflamada, corta ardiente y veloz el espácio que média entre ambos términos. El que en tanto regaba el suelo con su sangre humeante, daba unos alaridos espantosos, acallados unicamente por el estrépito de las armas. Al fuego de los viageros no contestó ningun otro; por lo tanto, estos acudieron al herido, le examinaron con detencion, y vieron con placer, que solo tenia una mano atravesada de un balazo, le atajaron la sangre, y volvieron á continuar hácia el indicado monastério.

Hacia dos horas que los de á caballo acaban de salir de Guadalajara, y por lo menos les falta hora y média para llegar á la mansion de los monges benedictinos.

Los espesos nubarrones que hasta entonces habian ocupado el inmenso espácio, iban desapareciendo poco á poco; un airecillo suave y ligero, mecia lentamentamente las copas de los árboles y de los álamos, cuyas dilatadas sombras se empezaban á retratar en la superfície de la tierra con la salida de la luna. El trote de los caballos repetia confusamente el eco en las concavidades de los barrancos próximos, y todos seguian caminando con el mismo siléncio que habian salido de Guadalajara; solo de cuando en cuando se escuchaba tal vez algun suspiro ó alguna exhalacion de dolor, en que el herido no podia menos de prorumpir.

Ningun casco ni cota cubre á los que marchan, ninguna banda ó cruz honra el pecho de su gefe; el rango á que pertenecen no es posible descubrirlo por sus vestidos: largos gabanes de verde oscuro, llevan pendientes de sus hombros con pieles de color castaño, solo una pluma negra flotaba á merced del viento sobre uno de los sombreros, y en todos los demas no se ostentaba adorno alguno.

Creí que habíamos equivocado el camino, dijo uno al que llevaba de pareja; pero ya veo que no es asi. ¿Ves el convento? Aquel es.

Efectivamente, en frente, un poco á la derecha está la barraca de la vieja Eustaquia.

Siléncio, dijo otro volviendo la cabeza, y que marchaba delante, y los dos interlocutores no espresaron mas palabra.

El gótico monastério se elevaba magestuosamente en médio de la espesa arboleda que le circunda, como el cipres entre los rosales que cercan una tumba. La luna plateaba las elevadas cúpulas, y las pintadas vidrieras reflejaban su moribunda luz, modificándola de diversos modos. El caudaloso arroyo que le baña, y que aumenta las águas del Henares, anunciaba con su murmullo la proximidad al monastério. En efecto, habian llegado á él.

Todos hicieron alto y casi al mismo tiempo echaron pie á tierra, agarró cada uno el diestro de su caballo y siguiendo á corta distáncia al de la pluma negra se dirigieron á la barraca término de su viaje. El de la pluma llama pero inútilmente, ninguna persona responde á sus golpes. De repente suelta la pequeña aldaba de la puerta, sus ojos habian visto dos objetos espantosos; dificilmente podia persuadirse que fuese realidad; cuanto mas arquea sus espesas cejas, cuanto mas alza sus morenos párpados tanto mas duda, tanto mas cree que lo que tiene delante de sí es una vision

y una vision infernal. Para asegurarse de la evidéncia estiende una mano, palpa y al hacerlo la sangre se le hiela en las venas y un temblor convulsivo se apodera de todo su cuerpo; habia tocado una cabeza humana, esta cabeza estaba clavada sobre una estaca á un lado de la puerta de la choza. Sin proferir una palabra con la vista fija en aquel símbolo de la muerte que entreabierta la boca y con ojos cristalinos parecia que le miraba y que le iba á dirigir la palabra, retrocede maquinalmente dos ó tres pasos y á esta distáncia distingue otra al otro lado de la entrada colocada de igual manera. Su valor le abandone en aquel momento, huyó precipitado de aquel parage empapado en sangre y no se creyó seguro ni aun en médio de sus compañeros que á corta distáncia le aguardaban.

¡Amigos! dijo con una voz balbuciente y casi apagada.—¿Qué hay? preguntan todos á la vez.—Amigos, no puedo respirar. Han sido asesinados...—¡Asesinados! repiten todos con horror.—Sus cabezas adornan la entrada de la choza cual si fueran de venados ó javalíes, marchad y los vereis. Por un movimiento involuntário todos echan mano á sus armas y miran con desconfianza al rededor suyo.—¿Y la vieja Eustáquia? preguntó uno. El de la pluma contestó, no responde.—¿Qué haremos pues, digeron vários, á lo que repuso otro que hasta entonces habia callado, morir ó lograr lo que nos hemos propuesto; nuestros amigos han sido degollados, sus cabezas adornan la tápia de la vieja Eustáquia; han querido aterrar, lo han conseguido, pero á mi no ¡cobardes! ¿Quien viene conmigo? ¿Nadie tiene valor? Pues bien yo solo marcharé. Al acabar de pronunciar estas palabras, se abrió paso por médio de todos y se dirijió hácia la choza. Todos le siguieron aunque recelosos y todos sintieron un estremecimiento pánico al ver las cabezas lívidas, de las cuales á manera de hilos pendia la sangre congelada: muchos dudaron si pasarian adelante, pero el que acababa de hablar habia llegado hasta ellas, las habia mirado sin conmoverse y no siendo contestado al llamar á la puerta la habia franqueado con la culata de su arcabuz. La escasa y moribunda luz de un candil brilló en el punto que la puerta giró sobre sus goznes. El que habia abierto habia entrado y todos entraron tras él.

Ningun ser viviente respiraba en el interior de la choza mas que los que los que acababan de llegar. No está. Tampoco nos debe sorprender dijo sentándose Gutierrez (asi se llamaba el que habia abierto) horrorizada con el espectáculo de que habia sido testigo, no ha tenido valor para permanecer aqui. Eso es muy natural. ¡Cuerpo de Satanás! ¿Todos callais? ¿No teneis valor ni aun para responder? Corred á Guadalajara, las riquezas de la vírgen de Sopetran no se guardan para los cobardes.—Nada de miedo Gutierrez, sentimos la desgrácia de nuestros compañeros dijo uno.—Yo tambien la siento, replicó Gutierrez, pero sé consolarme de ella. ¡Cuerpo de Dios! aqui tenemos aguardiente. Bebamos. Todos bebieron.—Mirad tambien las provisiones que traian esos que ya no pueden hablar, ya debian estar preparados. Es preciso que las dispongamos nosotros mismos, paciéncia, mas vale tener esto trabajo que haber corrido su mala suerte. —¿Y qué nos detendremos en un parage?...—En ninguno podemos estar mas tranquilos, aun cuando hayamos sido descubiertos; ¿cómo han de imaginar que hemos tenido valor para detenernos aquí? Imposible, por otra parte, ahora nos buscarán, no hay duda, por egemplo en el bosque.—Entretanto que adquirimos notícias, dijo el de la pluma negra, y determinamos lo que debemos egecutar es preciso que se queden dos fuera para evitar cualquier sorpresa. Vosotros, añadió señalando á dos de ellos. Al menor ruido...—No hay cuidado.

A la distáncia de unos doscientos pasos estaba rodeada toda la choza por unos treinta arcabuceros, y con diez mas el gefe protegia el monastério y formaba la reserva de estos. Segun las órdenes que tenían los que formaban la línea, atacaron la choza en el momento que sin ser sentidos pudieron correr la palabra. Los atacados se defendieron con valor; pero sucumbieron al número. Cuatro de ellos perecieron en el combate, los otros fueron atados y se les mandó preparar para morir en el acto. ¡Morir! dijo el de la pluma negra, con una sonrisa irónica. ¿Y por qué debemos morir? ¿Qué delito hemos cometido? ¿Quién es el gefe de vosotros? ¿Dónde está? Dígame si puede, ¿con qué derecho ha atentado contra las vidas de unos pacíficos viageros?

¡Viageros! dijo con aire de mofa uno de los soldados. Buena salida, pero no vale. Antes que saliéseis de Guadalajara ya se sabia vuestro intento. Os escapásteis cuando robásteis el botín del conde. La Vírgen ha permitido que ahora las págueis todas juntas. Desde ayer os estábamos aguardando, el conde lo sabía todo. Hoy á la madrugada al abrir la porteria del convento queríais sorprenderlo y robar la plata de la Vírgen, pero la Vírgen ha impedido vuestro crímen y profanacion. Debeis morir; nuestro gefe Hernandez de Oca nos ha mandado terminantemente que bajo ningun pretesto dejemos de clavar vuestras cabezas como las de los compañeros.

¡Hernandez de Oca! Toda digresion es peligrosa, soldado, un favor voy á pedirte, corre á tu gefe y díle que el amigo de su niñéz, el que por espácio de muchos años ha partido con él su casa, lecho y mesa tiene que descubrirle un secreto importante.—Tengo órden espresa de no volver á su vista hasta despues que haya presenciado vuestro suplício, respondió el soldado.—Díle.....—Os cansais en vano; decidme lo que querais y yo se lo diré despues que hayais muerto.—No sabes cuánto le interesa á tu gefe que yo le hable aunque no sea mas que un momento.—Todo es inútil. ¿Quereis ganar tiempo? Ya no hay remédio, no hay otro recurso mas que morir; así lo ha dispuesto la Vírgen.—Pues bien, dijo el que suplicaba, ya que es

preciso que lo diga todo, Hernandez de Oca es mi hijo, díle que su padre, su padre próximo á morir, quiere verle.— ¿Será cierto? — Para que no lo pueda dudar, llévale esta prenda. El soldado corrió al convento á participar tan estraordinária notícia.

Mi hijo manda la partida, nada tengo que temer; si no me da la libertad, no me quitará la existéncia. Cuando estaba haciendo consigo mismo estas reflexiones, vinieron tres monges á prestar los auxílios espirituales á los que infaliblemente tenian que morir. Una ráfaga de alegria hirió la frente del de la pluma negra. El número de los frailes era tres; tres son los que se disponen á morir, tres y nada mas, decia él, en otro caso..... Sus reflexiones no siguieron mas adelante, acababan de arcabucear á uno, el ruido de aquellos tiros le embargó en el acto la facultad de pensar y le heló la sangre de pies á cabeza. Despues de una corta pausa, prosiguió. ¿Se negará á perdonarme? ¿Será tan cruel?.... Imposible. Tal vez el rubor..... la afrenta de deber la vida á un bandolero..... Una doble descarga terminó á este tiempo la existéncia de los dos restantes. Al oir esta nueva descarga se estremeció todo su cuerpo, un frio sudor inundó sus desencajadas facciones, las palabras espiraron en sus lábios balbucientes y cárdenos, y sus ojos querian saltar de sus órbitas.

¡El gefe viene! dijo un soldado. ¡Viene! esclamó él, nada tengo que temer, mi corazon no me ha sido traidor, ya estoy perdonado. Un soldado apareció en la choza. No era Hernandez de Oca. — ¿Viene mi hijo? — No señor. — ¿Vendrá? — Tampoco. — ¿Y no ha dicho..... — Que juró acabar con los ladrones al recibir su comison, lo juró á la santísima Vírgen que intentaban robar: "Mi padre es un ladron (ha dicho) pues que muera."

En cumplimiento de esta órden á los diez minutos ya no existia el de la pluma negra.

## El Rinoceronte.

Despues del elefante el mas corpulento de los animales es el rinoceronte, que tiene por lo menos catorce pies de largo y siete ú ocho de altura, si bien difiere mucho de aquel en las facultades naturales; pues carece de toda sensibilidad en la piel; de manos y de órganos distintos para el sentido del tacto, y solo tiene en lugar de trompa un lábio movible, al cual estan reducidos todos sus recursos: no obstante, es superior á los demas animales en la forma y en el tamaño del arma ofensiva que tiene encima de la nariz y que le es peculiar. Esta arma es un cuerno durísimo en toda su longitud, por lo que el tigre acomete con menor recelo al elefante, á cuya trompa se abalanza, que á éste, en quien no puede hacer presa sin temor de ser abierto por el vientre. Su cuerpo y miembros estan revestidos de una cubierta tan impenetrable, que ni el alfange damasquino ni el harpon hacen mella en su piel; resiste á las balas de fusil, y los únicos pasages donde se puede herir aquel cuerpo encorazado son, el vientre, los ojos y el contorno de las orejas; por lo cual los cazadores en vez de arremeterle de frente atacándole á viva fuerza, le siguen de lejos por sus huellas, y esperan las horas en que descansa y se duerme para acercarse á él.

Los rinocerontes no se juntan en tropas como los elefantes: son mas solitários y agrestes, si bien no acometen al hombre á menos de ser provocados, en cuyo caso se enfurecen y son muy temibles. Como no es carnicero, pues se alimenta de semillas, matorrales, retamas y cardos, vive en paz con todos los animales pequeños, sin temer á los grandes. Sin ser cruel ni escesivamente feroz, es sin embargo intratable: y con corta diferéncia viene á ser en grande lo que el cerdo en pequeño; esto es, bruto, sin sensacion y sin docilidad; á que se añade que debe estar sugeto á accesos de furor; pues uno que el rey don Manuel de Portugal enviaba al Papa en 1513, hizo perecer el bajel en que le trasportaban. Este animal habita en Asia, en Africa y en otros vários puntos; de su piel se hace el cuero mas duro que se conoce, su carne la comen los índios y los negros, teniéndola por escelente; y en la farmacopea de la India, se hace el mismo uso de su cuerno, de su sangre y de todo su cuerpo, que de la triaca en Europa; pero segun todas las apariéncias, la mayor parte de estas virtudes son imaginárias.

## Advertencia.

El editor del Observatorio Pintoresco tiene una singular complacencia en llamar la atencion de sus suscriptores sobre la mejora que se advierte en las viñetas que acompañan á este número, y en asegurar que los jóvenes que ofrecen al ilustrado público esos primeros ensayos, no perdonarán fatiga hasta que sus obras rivalicen con las que con tanta perfeccion se graban en el estrangero.

*Nota.* Se acompaña una litografía.

Editor responsable. R. SOLA.

IMPRENTA DE LA COMPAÑIA TIPOGRAFICA.
Calle del Leon, núm. 21.—Madrid: 1837.